





2

3802

~~1-7-7~~
~~4578~~





MEMORIA
DE LA VELADA LÍRICO-LITERARIA
CELEBRADA EN HONOR
DE STA. TERESA DE JESÚS.



MEMORIA
DE LA
VELADA LIRICO-LITERARIA
CELEBRADA EN EL
CÍRCULO RECREATIVO ANTEQUERANO,
EN LA NOCHE DEL 15 DE OCTUBRE DE 1882,
CON MOTIVO
DEL TERCER CENTENARIO
DE
STA. TERESA DE JESÚS.

PUBLICADA POR ACUERDO DE LA JUNTA DIRECTIVA
DE LA ESPRESADA SOCIEDAD



ANTEQUERA:

IMP. DE D. MANUEL PÉREZ DE LA MANGA,
calle de Estepa, 85.

1882

AL EXCMO. SEÑOR
DON FRANCISCO ROMERO
ROBLEDO,

EX-MINISTRO DE LA GOBERNACION,
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA
ÓRDEN DE CÁRLOS III Y DE LA DE STA. ANA
DE RUSIA, DIPUTADO Á CÓRTESES,
PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA MATRITENSE
DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, Y
HONORARIO DEL CÍRCULO RECREATIVO ANTEQUERANO,
ETC. ETC.

Excmo. Señor:

Al escribir el Prólogo de este libro, por encargo de la Junta Directiva del espresado Círculo, inspirándonos en nuestros sentimientos, que son los propios de aquella, formamos el propósito de dedicarlo á V. E., pues nada más justo que poner estas páginas bajo su patronato,

ya que harto conocidos nos son sus desvelos en cuanto contribuir pueda á la ilustración y progreso de esta Ciudad, que tiene la honra de ostentar vuestro esclarecido nombre entre sus más gloriosos timbres.

Á V. E., pues, dedicamos este humilde recuerdo, rogándole se sirva aceptarlo con la bondad que le distingue, y tenerlo como testimonio sincero y fiel de la admiración y respeto que le tributan los que son SS. SS. SS. y

B. L. M. D. V. E.

RAMÓN FERNÁNDEZ MIR.—FRANCISCO GUERRERO DELGADO.—FERNANDO MORENO FERNÁNDEZ DE RODAS.

PRÓLOGO.

LA grandiosa y potente voz del Catolicismo ha resonado magestuosa: á sus ecos el sentimiento se ha engrandecido, el entusiasmo se ha sublimado, y las almas que aprendieran sus creencias en el hermoso libro de la Fe cristiana se conmovieron, pues la religión tiene ese privilegio: sus plegarias despiertan en los corazones raudales de ternura, y del uno al otro confín de la tierra las gentes acuden todas al llamamiento de la Iglesia de Jesucristo, para presenciar la grandiosa fiesta en que por vez tercera vase á ceñir

á las sienes de la virgen del Carmelo la triple corona que adornaran la fe, la sabiduría y el más puro de los amores.

Tres centurias han trascendido y el mundo se llena, aún de gozo, porque existe todavía un pueblo de creyentes, que fiel admirador de las glorias católicas, recuerda con verdadera ternura « los admirables hechos de los que durante nueve siglos pagaron un tributo de sangre y de lágrimas á la crueldad de los Césares. Brillantes eslabones prolongaron á través de los tiempos la cadena de esta antigua tradición, y en gracia á ella, el siglo XIX ha celebrado el tercer centenario de una heroína, de una criatura angélica, á quién amó especialmente ese Ser que oímos y no vemos y que, aunque sentimos, tampoco tocamos. »

No es nuestro ánimo, ni la índole de este humilde trabajo lo requiere, el bosquejar la historia literaria de Antequera; únicamente, y á esto se reduce nuestra misión, puesto que ni somos ni debemos ser mas que imparciales narradores, reseñaremos y á grandes rasgos la velada que, en honor de la Seráfica Doctora, tuvo lugar en los salones del Círculo Recreativo Antequerano.

En tan memorable concurso, esta Ciudad no podía olvidar ni sus preclaros timbres, ni su brillante historia. Sin perder nada de su fe, antes al contrario, conservándola como esplendente diadema de gloria, eleva sus acentos á la altura que la más culta de las ciudades, y rinde tributos de admiración al progreso, sin dejarse deslumbrar por el falso brillo de los

mal entendidos adelantos. Todo conocimiento compatible con sus principios religiosos, toda teoría en que paralelas marchen la religión y la ciencia, tienen cabida en su seno; y aunque no acepte el criterio del momento, ni tampoco sea refractaria á la novedad de la idea, así que examina, compara y reflexiona, se decide siempre por un orden de verdades, después de profunda meditación, sin dejar de considerar que la humana sabiduría, fuera de las inspiraciones del Cristianismo, tiene que confesarse vencida, á pesar de todos los esfuerzos de la enseñanza y de todos los encantos de la elocuencia.

No es esto, ciertamente, un cuadro de imaginación, ni tampoco entusiasta apología hecha por personas amantes del

pueblo donde vieron sus ojos la luz primera de su vida; es la historia fiel del estado de Antequera, que fulgores irradia por sus preclaros timbres, y que grandezas encierra por ser grandiosas sus tradiciones.

Pasemos en rápida ojeada nuestra vista por su proceso literario, y la resultancia de este análisis nos responderá de la exactitud de las precedentes observaciones.

Algunos certámenes, en poco más de cuatro años, y repetidas veladas, sin detenernos en mencionar las academias y conferencias que en éstas han tenido lugar, bastarán para dar idea de su cultura, y cuidado que nos remitimos al trazar estos renglones, á los datos que de publicaciones diversas hemos recogido; pero si

bastante no fuera lo que dejamos expuesto, la celebración del centenario del insigne español D. Pedro Calderón de la Barca, y la magnífica velada con que recientemente el Círculo Recreativo Antequerano ha conmemorado el tercer centenario de la esclarecida Compañera de las Españas, serán méritos, más que suficientes, para colocar á nuestra Ciudad querida, entre aquellas que por su brillante historia merezcan el calificativo de cultas y amantes de sus grandezas.

Aunque haya de resentirse la modestia de los Sres. que componen la Junta Directiva del Círculo Recreativo, y en especial la de su dignísimo Presidente el Excmo. Sr. D. Francisco Guerrero Muñoz, debemos consignar que sin su actividad y celo, quizá no se habría celebrado

una fiesta que tan brillantes páginas ha legado á los anales célebres de nuestra historia.

Una Comisión nombrada por la Junta Directiva del indicado Centro, y compuesta de los Sres. D. Fernando Moreno Fernández de Rodas, D. Francisco Guerrero Delgado y D. Ramón Fernández Mir, obtuvo gozosa el honor de contribuir á organizar los trabajos preparatorios, é invitó al efecto á las distinguidas damas que después lucieron sus admirables dotes, tanto en poesía, como al ejecutar las lindísimas piezas de piano y canto que el público recordará siempre con entusiasta admiración.

Los Sres. literatos contribuyeron también con las diversas producciones que figuran en este libro, y de las cuales

sentimos no poder hacer una crítica tan extensa como por su mérito requieren; pero el lector tendrá lugar de apreciarlas, y su fallo será, indudablemente, merecido galardón que honrará, una vez más, á los ya laureados escritores.

Antes de entrar de lleno en el asunto, no queremos omitir algunos antecedentes, respecto al salón en donde el acto tuvo lugar.

Cuanto espresar pueda el deseo, cuanto el más refinado gusto exija, y cuanto la verdadera elegancia y lujo pudieran reclamar, todo resplandecía en el suntuoso recinto en que había de celebrarse la fiesta. Describir en detalle su decorado, sería difícil: las bujías que en magníficas arañas esparcían sus reflejos; las lujosísimas y brillantes lunas que multiplicaban

sus luces; el bellissimo cuadro de la Santa, que trazara el inspirado pincel del eminente artista D. Domingo García, y que se ostentaba sobre el severo intercolumnio, bajo un rico dosel, debido al exquisito gusto y delicadeza de los Sres. D. Francisco León y D. José de Palma, y el adorno en general, que excedía en mucho á la más rigurosa exigencia, todo contribuía á formar un admirable conjunto, que hacía más maravilloso el de las bellísimas señoritas que, con la distinción propia de las hijas de esta Ciudad, eclipsaron las esplendentes galas del capricho con los encantos de sus naturales bellezas. En suma: la estética del hombre rindió aquella noche su frente, como siempre, ante la estética del cielo.

Hechas estas indicaciones, pasamos á

hacer la narración de la velada, para lo cual nos proponemos seguir el orden establecido en el programa que, al efecto se hubo impreso.

Las ocho de la noche del día 15 de Octubre, fué la hora designada para dar comienzo á la celebración del solemne centenario; algunos momentos antes ocupaba el salón gran número de señoras, y luego que subieron á la plataforma el Presidente de la Sociedad, Junta Directiva, Autoridades invitadas y Comisión organizadora, dióse principio al acto con el discurso del Sr. D. Rafael Gonzalez de Anleo. El criterio altamente católico que caracteriza á dicho señor, manifiéstase en su discurso, que es un trabajo literario en el que resplandecen las galas del decir, el método en el exponer y los

brillantes conceptos que encierran sus páginas, en las cuales se descubre unas veces al escritor erudito, y otras al escrupuloso analizador, que trata las más árduas cuestiones con severo é inflexible raciocinio.

Al terminar su lectura el Sr. Anleo, fué objeto de la más entusiasta ovación.

Después del discurso inaugural, la Excelentísima Sra. Marquesa de Fuente Piedra ejecutó al piano la « Sinfonía de Semíramis, » verdadera joya del género sinfónico italiano, magistralmente interpretada por dicha señora, secundada por el Sr. Calvo.

Terminada la Sinfonía, el Sr. Calvo leyó, tan admirablemente como de costumbre, una bellísima poesía de la señorita Gertrudis Checa, en la que no

sabemos que elogiar más; si la delicadeza del pensamiento ó lo elegante y correcto de la forma. El público acogió con sumo agrado dichas estrofas, abrigando fundadas esperanzas, respecto al brillante porvenir de la nueva poetisa, en las esferas del arte literario.

El ária de tiple en la ópera «Prigione d' Edimburgo,» era la pieza de canto que había de interpretar la Sra. D.^a Concepción Henestrosa; pero el mal estado de su salud nos privó del placer, siempre nuevo, de admirar á la que, por sus excepcionales dotes ha merecido, justamente, el renombre de grande é inspirada artista.

Seguía en orden la monumental obra del célebre clásico Stradella, «Pietà Signore,» que aún recordamos con verdadero

júbilo, la cual fué ejecutada á flauta y piano por la Srta. Concepción Moreno y su jóven hermano D. Luís, con todo el sentimiento y toda la unción religiosa que el carácter de dicha pieza requiere.

No bien hubo resonado el último delicioso acorde de la anterior composición, la bella Srta. Amalia Campaña, con gran naturalidad, con el sentimiento propio de un alma inspirada, leyó una lindísima poesía que hizo presagiar á la concurrencia, la gloria de ver su nombre figurar algún dia entre los de las más esclarecidas poetisas antequeranas.

Inmediatamente la Srta. Dolores Paché, que posee una dulcísima voz, cantó con exquisita afinación y delicado gusto, la preciosa melodía italiana « Á Rizzio, » acompañada al piano por el Sr. Calvo.

Acto seguido, el Sr. D. Fulgencio Ramirez, con una modestia comparable sólo á su mérito, leyó un magnífico soneto impregnado de mística dulzura, de fácil y correcto estilo y de conceptos tan claros como profundos.

La Srta. Pilar Moscoso ejecutó, después, una fantasía sobre motivos de «Roberto il Diábolo» con un aplomo, una seguridad y una limpieza de ejecución, tales, que fueron muestra de las dotes nada comunes que posee y del genio musical que la distingue.

Ocupada luego la tribuna por el Señor D. Diego del Pozo, dió éste lectura á unas bien pensadas décimas, que además de encerrar la elevación propia de esta clase de metro, revelan la fecunda inspiración de su autor.

Al finalizar la primera parte del programa, el Sr. D. Juan Quirós de los Ríos leyó una hermosa oda de Sor María de los Ángeles Saenz de Tejada á la « Transverberación del Corazón de santa Teresa, » en la que brillan las más sublimes concepciones y el clásico gusto de nuestros maestros en literatura.

La concurrencia acogió con nutridos y prolongados aplausos la grandiosa oda, de la que, viviendo hoy en las soledades del claustro, honra con su genio á esta Ciudad, que tiene la gloria de contarla entre sus predilectas hijas.

Interrumpido el acto durante algunos minutos, trascurridos que fueron, reanudóse aquel, dando principio á la segunda parte del programa la Srta. Concepción Moreno, que, acompañada de su profesor

el Sr. Calvo, ejecutó al piano la sinfonía de « Juana de Arco, » dando, una vez más, pruebas de su genio artístico, al tocar el Andante Pastoral con una sencillez y gracia inimitables, y el Allegro con toda la bravura que sus frases requieren.

Seguidamente se procedió por el señor Calvo á la lectura de un artículo del Sr. D. Javier de Rojas. Este trabajo, que está escrito con el mayor gusto literario, es digno de especial elogio por sus giros poeticos, por la galanura de la frase, y por la concisión con que se desarrolla en el mismo un pensamiento tan nuevo como delicado.

El público esperaba ansioso oír la lindísima romanza «A la Stella Confidente,» que había de cantar la Sra. D.^a María

Gonzalez del Pino; todo cuanto se diga, es poco, de la argentina voz, sentida expresión y magistral fraseo con que la mencionada señora desempeñó su difícil cometido. Su dulcísimo canto dejó gratos recuerdos en todos los concurrentes, que así lo espresaron con aplausos entusiastas.

Acto continuo, el Sr. D. Trinidad de Rojas leyó unas quintillas de inapreciable mérito; dignas de una mano tan maestra como la suya, pues á tal altura se elevan la grandeza de sus conceptos, lo castizo de su estilo y la belleza inimitable de sus ritmos, que el auditorio tuvo ocasión de apreciar, una vez más, la justicia con que es reputado como gran pensador y como el primero y más eminente de los poetas antequeranos.

Profundo es nuestro sentimiento al

notar que por circunstancias que el autor se reserva, y que nosotros respetamos, no ve la luz pública una composición que, por su valor y reconocido mérito, habría de engalanar sobremanera estas páginas.

Una vez consignado esto, prosigamos en nuestra difícil tarea.

Como era de esperar, la Srta. Concepción Hazañas interpretó en el « Carnaval de Venecia » la gran fantasía arreglada por Schuloff y erizada de dificultades, no dejando nada que desear, pues todas las hubo vencido con su agilidad extremada, dando así exacta idea de su completo dominio sobre el piano.

Á continuación ocupó la tribuna el señor D. José Moreno Fernández de Rodas, quién, en una bien escrita oda á Sta. Teresa, reveló su ardiente inspiración poé-

tica, elevándose en más de una ocasión, en alas de un místico sentimiento.

Y tocó su turno á la Srta. Natalia García, que cantó una « Plegaria á santa Teresa » con magníficos versos latinos del Sr. D. Juan Quirós de los Rios. No se hubiera podido encontrar mejor intérprete para dar á conocer la sonora magestuosidad de aquellos, que la sentimental voz de dicha Srta., la que expresó la plegaria con toda la ternura de un alma extática.

Á la terminación de la plegaria, el señor D. Francisco del Pozo dió lectura á un expresivo soneto, redondeado con toda la perfección que requiere este género de composiciones literarias.

¿Y qué diremos de la brillante poesía de D.^a Cristobalina Fernández de

Alarcón, escrita con motivo de la beatificación de Sta. Teresa, y que compite en descriptiva con las más selectas? El Sr. Quirós de los Ríos dió lectura á esta composición bellísima, y después de la ovación con que fué acogida por el concurso, y del favorable juicio crítico que de la misma han hecho reputados autores, nada nos resta que añadir.

Al terminar esta parte del programa, suspendióse nuevamente la sesión, y trascurridos breves instantes reanudóse aquella.

Correspondía dar lectura á otra poesía de Sor María de los Ángeles Saenz de Tejada, que por motivos imprevistos no pudo verificarse, si bien hoy, con sumo agrado, vemos figurar dicha composición en las páginas de este libro.

En su lugar procedióse por el Sr. don Fulgencio Ramirez á la lectura de las dos poesías de Sta. Teresa, que figuran en este volúmen. No nos detendremos en encarecer el mérito de dichas composiciones, pues las recomienda el nombre mismo de su autora.

Con extremado placer volvemos á ocuparnos de la Srta. Amalia Campaña. La fantasía sobre motivos de «La Africana» fué ejecutada por ella tan admirablemente, que bien podemos afirmar que, por sus dotes musicales, merece un puesto entre las más distinguidas aficionadas.

Como siempre, la concurrencia esperaba ansiosa oír la poesía del reputado profesor Sr. Calvo. Con esa entonación dulce y esa naturalidad que le son propias, leyó unas preciosas redondillas de in-

disputable mérito, que sobresalen por sus cadenciosos versos, y por una sencillez que, adunada con la profundidad, muestran al poeta fácil y abundante, á la vez que erudito y filosófico.

La Srta. Concepción Moscoso, acompañada por su profesor el referido señor Calvo, cantó la linda «Serenata española» con la dulcísima voz y la inspiración sentida con que se apodera de los oídos y del alma de cuantos la escuchan. Así lo manifestaron los espontáneos aplausos que se le tributaron, como reconocimiento de sus envidiables dotes para el canto.

Las poesías que habían de leerse á continuación, eran originales de los señores D. Francisco Guerrero Delgado y D. Ramón Fernandez Mir. Por este mo-

tivo pensábamos dejar un paréntesis al llegar á este punto, por no aceptar el doble papel de jueces y partes, cuando vino á llenarlo con un juicio, ó mejor dicho, una apología inspirada por la amistad, uno de nuestros más antiguos poetas, nuestro querido maestro el Sr. D. Trinidad de Rojas, quién por los vínculos de afección que á él nos unen, creemos nos favorece mucho con su crítica.

Hé aquí, ahora, el juicio que de nuestras humildes producciones hizo, y que tanto nos honra:

« Estas dos poesías son, en mi concepto, una prueba más de que en la región que el Guadalhorce baña y el genio de nuestros antiguos poetas fecunda, ni se ha esterilizado el suelo, ni se ha agostado la semilla, ni se han ausentado

las musas que poblaban sus riberas en aquel siglo de oro de nuestra literatura. La poesía es en esta tierra planta indígena de exuberante florecencia y sazonado fruto. Las flores de hoy, hijas legítimas de las flores de ayer, ostentan análogo perfume, idéntica galanura. Más acentuada la tradición descriptiva en las octavas del Sr. Guerrero, nos hace recordar á Espinosa y Cristobalina; más pronunciada la tendencia al concepto y á la imagen en los versos del señor Fernández, nos trae á la memoria á Tejada y Luis Martín. Pero en una y otra composición se respira un ambiente análogo al que saturaron de armonías las liras, siempre sonoras, de nuestros antiguos poetas.

Ni el ejercicio del Derecho, á que los

nuevos vates se consagran; ni la candente atmósfera política que, forzosamente, si no los envuelve los toca, son bastante potentes, aquel con su prosa y ésta con sus asperezas, á ensordecen en sus espíritus la voz de la poesía, apagar la luz de la inspiración y amenguar los arranques del sentimiento. »

Damos las más expresivas gracias al autor de los anteriores párrafos, que más bien insertamos por su brillante redacción; que por el inmerecido elogio que de nuestras producciones se hace en ellos.

En el intermedio de las expresadas poesías, ejecutó un magnífico « Inromptu » el maestro D. Antonio Calvo, á quién conocíamos como tal por sus composiciones de música religiosa, entre las cuales ocupan lugar preferente un « O

vos omnes » y un « Miserere » que figura en varios archivos musicales de distintas diócesis, dándonos á conocer como improvisador en el piano, al desarrollar en algunos minutos una bellísima idea, que le dió motivo para lucir sus conocimientos armónicos, al par que los profundos que posee del instrumento.

Por tercera vez tuvimos el gusto de oír á la Excmá. Sra. Marquesa de Fuente Piedra en el wals de concierto « Tito Matthei » wals que, no obstante ser en extremo difícil, tocó con todo el colorido y con toda la gallardía de ejecución, que la han llevado á ocupar un puesto entre los más aventajados artistas.

El Sr. D. José Campos Simón, dignísimo Decano del Ilustre Colegio de Abogados de esta Ciudad, se nos dió á

conocer como poeta, leyendo un soneto correctísimo, impregnado de elegantes giros, de una cadencia dulcísima y de un cierto sabor clásico, que son fiel muestra de una inspiración ardiente.

Después, en una « Melodía á Sta. Teresa, » la Srta. Ángela García lució sus peregrinas dotes para el canto, al interpretar, como lo hizo, aquella sublime composición musical que, con letra italiana del Sr. Quirós de los Rios, cautivó la atención de cuantos la oyeron.

El último número era el destinado á la poesía del Sr. D. Cristóbal Dominguez; mas no teniendo á la vista dicha composición, ni podemos juzgarla por las reminiscencias que nos quedan de su lectura, ni podemos tampoco por aquella razón darle cabida en estas páginas.

Finalizada la última parte, el Sr. Presidente de la Sociedad puso término á la velada con una sentida improvisación, en la que, con verdadera elocuencia, felicitó y dió las gracias á cuantos en aquella tomaron parte; y al tocar con un tacto exquisito y en concisos y gráficos términos los más importantes extremos, vió envueltas las últimas frases de su discurso entre los calurosos aplausos de la concurrencia.

Momentos después recibía los plácemes y felicitaciones de sus numerosos amigos, quienes no olvidarán que bajo su presidencia ha celebrado el Círculo Recreativo la más solemne y magestuosa de las fiestas literarias.

Inútil es encarecer el celo de los unos y el entusiasmo de los otros en la ce-

lebración de aquella suntuosa velada.

No abrigamos la presunción de haber trazado un cuadro bellísimo y perfecto de tan solemne fiesta, ni menos de haber bosquejado un exacto juicio crítico de las composiciones literarias, y de las dotes que adornan á las distinguidas damas que en ella tomaron parte.

Si alguien juzgara pálido nuestro juicio, pedimos de antemano su indulgencia; y si por el contrario hallándolo exagerado nos acusase de parcialidad, siempre tendremos en nuestro apoyo la firme garantía de la ovación que todos obtuvieron, por parte de la escogida y numerosa concurrencia.

Á nadie se oculta que Antequera, al celebrar con tanta pompa y entusiasmo el tercer Centenario de la seráfica Teresa

de Jesús, ha dado una prueba más de su fe católica y de su amor al progreso y cultura intelectual, colocándose al nivel de los pueblos más civilizados.

Y cumplida ya nuestra misión, hora es de terminar este trabajo, superior en mucho á las fuerzas de sus autores; mas como siempre, y aún inspirándose en una estricta imparcialidad, puede el juicio, por severo que sea, incurrir en extravío, lamentaremos que esto haya sucedido en nuestras apreciaciones. No obstante, nuestro placer es grande por haber contribuido con los humildes esfuerzos de nuestras inteligencias á la formación del libro, para el que escribimos este prólogo; entre otras razones, porque mirando al porvenir, y atendiendo á nuestras afecciones, aún más allá del sepulcro, pre-

sentimos con inefable encanto, pensando con un distinguido publicista que ha dicho: « Que la muerte no mata ni la familia, ni la amistad, ni el amor, » el día en que las generaciones venideras estudien en esta obra las tradiciones de fe de sus antepasados y los lauros de Antequera en la época presente: y el momento en que cayendo estas páginas en las infantiles manos de tiernas criaturas, exclamen con el purísimo candor de la niñez, al evocar este recuerdo de imperecedera gloria:

¡ Esto lo escribieron nuestros padres !

Antequera y Noviembre 11 de 1883.

LA COMISIÓN.





SEÑORES:

ESPAÑA, la patria querida que admiró en la antigüedad las proezas de Viriato, la sabiduría de Séneca y la acendrada fe de S. Lorenzo; la que legó al mundo, en los siglos medios, la erudición de S. Isidoro, la piedad de S. Fernando, la ciencia del sábio rey de Castilla y del iluminado doctor Raimundo Lulio; aquella que en los días de los descubrimientos, rivalizando con los demás países de Europa, hasta superar sus progresos, ayudó á Colón y engrandeció nuestro planeta, y marcó nuevo curso á los estudios filosóficos

en los escritos de Luis Vives, y elevó los conocimientos teológicos en las obras de Melchor Cano, y contribuyó á la justa reforma con S. Ignacio de Loyola; la nacionalidad que más ha trabajado en ventajas de la civilización universal, la que llevó á término más atrevidas empresas y alcanzó mayores elevaciones al espíritu, se muestra siempre grande, pues ella fué la cuna de la mujer, que siendo tan bella entre las hermosas, fué más encantadora aún por sus virtudes celestiales, mujer sublime á quién los católicos veneramos, los literatos aplauden, los indiferentes admiran y todos la festejan, reconocen y celebran con el dulce nombre de Sta. Teresa de Jesús.

Por ello el sentimiento católico y el amor á la patria agitan nuestro espíritu y

nos inducen, no á escribir un discurso, para el que nos juzgamos incompetentes, y mas sin tiempo para realizar este propósito, sinó á formular un proemio á esta velada lírico-literaria, cumpliendo el honrosísimo encargo de nuestros amigos, que nos ofrecen ocasión propicia de rendir público homenaje de admiración á la reformadora incansable, á la santa expositora de una ciencia divina, que sustrayendo al hombre del percedero mundo de la materia, llega á hacerle partícipe del amor de Dios, elevándole á las más encumbradas regiones de la luz y de la gracia.

Pero ¡ah señores! ¿quién podrá reunir un corazón ardiente, una imaginación rica y sobre todo un profundo espíritu de piedad, para conseguir hablaros acertadamente de la gloriosa doctora caste-

llana? Mas en verdad que si yo no he de alcanzar esa dicha, en la célebre Antequera, donde la virtud y el genio anidan y tantas bellezas se atesoran, no amenguan los sentimientos católicos, ni se agotan jamás las fuentes de la inspiración, ni se amortiguan nunca los fuegos del entusiasmo; y así como la famosa Alarcón se cubrió de gloria, rindiendo sin igual tributo á Sta. Teresa de Jesús, sus continuadores, en tan gloriosas tradiciones, los poetas de nuestros dias, imitándola en sublimidad y en ardimiento, sabrán interpretar á tan egregia santa, y unirán sus nombres ilustres á los demás escritores de nuestra patria y á los renombrados del extranjero, que desde Francia, Bélgica, Italia, Holanda é Inglaterra, con santa fe católica, con ardiente

entusiasmo, dedican sus más bellas poesías, sus mejores himnos, las más puras concepciones de su ingenio á cantar con júbilo á la mujer extraordinaria, cuyas obras se estudiaron siempre en todos los países, tiempos é idiomas, y alcanzaron, más que el fugaz aplauso de los literatos y la favorable censura de los críticos, la conversión del pecador y del hereje, aún del que se proponía refutarlas, el mejoramiento del hombre de mundo, la perfección y santidad de muchos, y, sobre todo, grande influencia en las costumbres, generalizando en admirables páginas el estudio de la teología mística, que enseña á los hombres la alta felicidad de amar intensamente al Padre bondadoso de todas las misericordias.

Mas antes de hacer algunas reflexiones,

intentando biograffar á la Santa, permítidme que, unido á todos los que con igual entusiasmo que yo la aclaman, felicite con toda mi alma, como desde luego lo hago, á la Junta directiva de este Círculo, que, colocándose á la altura de su misión, é impulsada por gloriosísimos precedentes literarios de la Sociedad, que tan dignamente representa, ha interpretado los deseos de todos, organizando esta fiesta solemne.

En el corazón de Castilla, no lejos de la Córte de los monarcas de dos mundos, en la gloriosa centuria en que España luchaba contra el fatalismo en África y Oriente, contra los indios en América y contra el protestantismo en el Norte, nació en la vetusta y murada ciudad de Ávila, en 1515, de D. Alonso de Cepeda

y de D.^a Beatriz de Ahumada, la que había de aclamar el mundo con el gloriosísimo nombre de Sta. Teresa de Jesús.

Su educación correspondió á la religiosidad y distinción de sus padres; mas en la juventud, huérfana de la que le dió el ser, inducida por una indiscreta parienta á pasatiempos frívolos y á la lectura de novelas, en que predominaban los gustos y pasiones del mundo, bien pronto estas influencias conmovieron aquel delicado espíritu, y distrajeron algun tanto la imaginación de la que, tranquila y feliz, vivía consagrada al ejercicio de las virtudes y á los tiernos cuidados de su padre.

Poco tiempo duraron aquellas vacilaciones de su alma; pues la maravillosa niña que á los siete años abandonaba

con un hermano suyo la casa paterna en busca del martirio, la que había de encumbrarse á la altura de las primeras mujeres de la humanidad, superándolas en ingenio y virtudes, tenía que sufrir las amarguras de la contradicción; *Qui non est tentatus, quid scit?* (1) pues sin las victorias del bien en sus luchas contra el mal, la virtud no tiene sentido, como asimismo es incomparable sin la existencia del amor, esencia de nuestras pasiones, é invariable móvil de todos nuestros actos.

Sin detenernos en explicar estas ideas, y reconociendo que el amor, filosóficamente considerado, es la pasión por excelencia y el fundamento de todas las demás pasiones, fácilmente deduciremos,

(1) Eclesiástico cap. 34. v. 9.

que de su acertada dirección depende el que nuestra alma logre un trascurso feliz en el mundo, por la constante práctica del bien y alcance á penetrar, en alas de la gracia, en los cielos de la felicidad absoluta, ó por el contrario permaneciendo en la vacilación ó el indiferentismo que enervan, ó en el excepticismo que aniquila, se precipite, al fin, en el lodazal de las concupiscencias, para sepultarse ulteriormente en las horribles mansiones de la oscuridad y el tormento.

¡ Para siempre ! ¡ para siempre ! tal era la frase que Teresa continuamente repetía; y la idea de la eternidad, unida al estudio de la brevedad de la vida, la hicieron impulsarse en aquella innata pasión de nuestro ser, á la consecución de sus altísimos é imperecederos destinos.

Por tanto, á los veinte años de edad abrazó estado de perfección en un convento de carmelitas de Ávila; pues la que nació para enseñar á las gentes, la que tenía un alma grande, pura y sedienta de amores, en sólo Dios podía encontrar el lleno de sus deseos; la que entrevió bellezas suprasensibles, infinitamente más altas que las que el mundo ofrece, sólo había de hallar encantos en la belleza absoluta, y la que, atesorando una inteligencia extraordinaria, comprendía la sublime importancia de la humildad y de la abnegación cristianas, necesitaba del retiro y pobreza del claustro, para más libremente estimular su corazón, dilatar su espíritu y elevar su voluntad, para satisfacer sus nobilísimas aspiraciones en la más encumbrada profesión de la doctrina

católica, única que posee la ciencia de transfigurar las almas, creando santos en la tierra.

Y en aquella época, en que los protestantes, como los revolucionarios de todos los tiempos, profanaban iglesias, destruían objetos de arte, y en su desenfreno no se contenían ante la magestad de las vírgenes consagradas al Omnipotente, en aquel siglo de los iluminados, los quietistas, los milagreros, los embaucadores y los falsos místicos, el claro entendimiento de Teresa conoce que la reforma es precisa, y necesario oponer fuerte dique, así á los que niegan los principios más santos, como á los que hipócritas afirman la impostura, y á pesar de sus enfermedades, de los obstáculos que se le ofrecen, y de las contra-

riedades con que tiene que luchar, acomete en primer término, como hicieron siempre los gloriosos restauradores del catolicismo, la reforma de sí misma, pide al cielo favores, practica dolorosas mortificaciones, realiza extraordinarios actos de virtud, y coopera al general mejoramiento de su Orden, con el restablecimiento de la antigua regla, y al de la sociedad, con la fundación de monasterios en muchas de las principales ciudades de España, por lo que ha merecido ser llamada « la S. Pablo de las mujeres. »

Jamás se vieron hermanadas en tan alto grado y estrecho vínculo, como en Teresa de Jesús, la dignidad con la humildad, y la alegría y el gracejo en medio de la más austera penitencia. Difícil sería comprobarlo aquí consignando todas

las agudezas, oportunidades y dichos notables de la Santa; imposible detenernos en el estudio, que bajo diversos aspectos puede hacerse de sus cartas, modelos de epistolografía, de sus versos tan inspirados y de sus importantes y variadas obras. Pero no he de omitir decir, que el historiador encuentra en ellas rasgos preciosos acerca de las costumbres de la época, el filólogo datos riquísimos sobre el desarrollo del lenguaje en aquel siglo, el moralista sublimes principios é incomparables reglas de conducta, y el místico altísimas verdades, arrancadas á los impenetrables misterios y divinas operaciones de la gracia, y todos verán en estilo, « que es la misma elegancia » según dicho de Fr. Luis de León, narraciones admirables, descripciones bellísi-

mas, pureza y clasicismo, armonía y galanura, giros y elocuencia encantadores.

Si todo esto es motivo suficiente para excitar el interés de toda persona ilustrada, el entusiasmo traspasa sus límites, al reflexionar, que no mueve su pluma la mundana gloria, ni el deseo de perpetuar su nombre, que escribe contra su voluntad, como ella misma dice, por cumplir el mandato de sus confesores, y si hubo uno, que justamente alarmado, dadas las circunstancias de aquella época, se asustó de que una mujer se atreviese á comentar el libro de los «Cantares de Salomón,» escribiendo los «Conceptos del amor de Dios,» de que sólo, se conserva un fragmento, y la mandó destruir aquellos escritos, la excepción confirma la regla, y podemos afirmar, como una

gloria más para el Catolicismo, que al sacramento de la penitencia y á la dirección espiritual se deben, no sólo que elevara á los cielos el alma de Sta. Teresa, si no que ésta enriqueciera la ciencia y la literatura patria con las más sublimes producciones.

¿ Quereis conocer su pensamiento filosófico-religioso ? ella os lo manifestará en una sola frase: *Procedamos como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo.*

Á esta síntesis se eleva en el desarrollo de la humildad, abnegación y en todas las demás virtudes, que no podemos detenernos á estudiar. Ved siquiera un admirable pensamiento suyo acerca de la pobreza: « Es un bien el de la pobreza, que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande se-

fiorear todos los bienes del mundo. La verdadera pobreza tomada por sólo Dios trae consigo una gran honra no ha menester á nadie si no á Él.»

Observar á la vez como en una de sus máximas compendia todo el espíritu de la caridad fraternal del Cristianismo: «Acomodarse á la complexión de aquel con quién se trata; con el alegre, alegre, y con el triste, triste; en fin, hacerse todo de todos, para ganarlos á todos.»

Por último, desde su profundísima humildad, su pobreza absoluta, se eleva por todas las abnegaciones y sacrificios, á la caridad más perfecta y á la más sublime é íntima unión con la Divinidad, apareciendo siempre que el ennoblecimiento y santificación de las almas en el servicio y culto de Dios, son el supremo in-

terés y el objetivo altísimo de sus luminosos pensamientos y de sus maravillosas acciones.

Tales son la vida y conceptos de santa Teresa. A la gloria de Dios consagró sus virtudes, trabajos y escritos, y á los sesenta y siete años, á poco de sufrir grandísimas ingratitudes y dolores, encontrándose enferma en Alba de Tormes, exhaló su angelical espíritu entre el llanto de sus hijas en religión y sincerísimo duelo de los españoles.

Desde su fallecimiento los hombre más eminentes de la cristiandad rindieron merecido tributo á su memoria, y hasta los pontífices, después de elevarla á los altares, en 1622, la ofrecieron particulares homenajes: Urbano VIII compuso por sí mismo la oración para el oficio de santa

Teresa, y el gran Benedicto XIV, dando treguas á sus estudios y á los cuidados de su elevadísimo magisterio, comentó una de sus cartas, y los poetas y escritores españoles, desde Villegas á Lope y Cervantes, y desde éstos hasta los de nuestros días, consagraron siempre piadosos y poéticos pensamientos, que entretrejer á la celestial diadema que circunda su frente.

¡ Oh escritora insigne y amadísima santa ! si la incredulidad, aún cuando te admiró, no pudo comprenderte, si algún detractor se atrevió, para más hacerte brillar en la contradicción, llamarte ilusa, pero en verdad nunca embaucadora, preciso será aplicarle la enérgica y gallarda frase con que definiste al demonio llamándole *el desdichado que no ama*.

Si: ciertamente que ese escritor y aquellos, que en los días de tan gloriosa santa supusieron poco ortodoxas sus doctrinas, y los que formaron paralelos, intentando hallar semejanzas entre ella y otras mujeres, y los que admirando los portentos de su vida, atribuyeron á causas naturales efectos comprobadamente sobrenaturales, no alcanzaron á comprender su significación histórica; pues así como Guzmán el Bueno simboliza el patriotismo español, Isabel la Católica, el desprendimiento, el Cardenal Jimenez de Cisneros, la energía, sobriedad y espíritu democrático de nuestra raza, Cortés y Pizarro, el heroísmo, Calderón de la Barca, las ideas caballerescas, Herrera, Murillo y Martinez Montañez, el pensamiento artístico, Sta. Teresa de Jesús es

la encarnación de la idea religiosa, la más elevada personificación de la fe católica, y en los favores que la otorgó el cielo, quiso Dios premiar la piedad de los españoles.

Por eso los pontífices en diversas épocas, las Cortes antiguas y las modernas de Cádiz, y los monarcas de las dinastías de Austria y de Borbón, interpretando el público deseo, la aclamaron repetidamente, con entusiasmo extraordinario, Compatrona de las Españas.

Y sus obras inmortales se tradujeron á las lenguas clásicas y á los idiomas de los pueblos cultos, y se leyeron con avidez en todo el mundo, el pincel y el buril propagaron su efigie, mostrando su importancia, y allá, junto al Tíber, en la ciudad de las siete colinas, en medio de aquella tierra tan semejante á la es-

pañola, por lo diáfano del cielo y la feracidad de sus florestas, por sus orígenes latinos y el canto de sus vates, por el valor de sus héroes y la abnegación de sus santos, en el pueblo engrandecido por el óbolo de los católicos y los cuidados de los papas, á quienes únicamente por derecho pertenece, en aquella bendita ciudad, fecundada con la sangre de los mártires, sublimada por la ciencia cristiana, embellecida por la pasión estética de León X y por las maravillas artísticas de Bramante, de Peruzzi, de Angélico, de Leonardo de Vinci, de Rafael de Urbino, y del autor del Moisés, que asombra, cerca de las cadenas de S. Pedro y de los frescos que encantan en la capilla Sixtina, de Miguel Angel, en fin, espíritu creador del arte nuevo, el que coronó el

primer templo del mundo y el más hermoso de la cristiandad, templo de la piedad y el genio, que cobija los sepulcros de los apóstoles y da sombra á la mansión de los pontífices, en aquellos indescriptibles lugares, donde el alma se extasía, la fe se afirma, la esperanza vislumbra interminables horizontes de luz y la caridad llama á todas las gentes del mundo; allí, donde la impiedad, el desenfreno y el error pertinaz oirán siempre palabras de anatema, y la santidad, la ciencia, el genio encontrarán entusiasta acogida; allí, para conmemorar las virtudes heroicas de nuestra compatriota, se eleva en aquella gigantesca iglesia, en sitio importante, una marmórea y blanca estatua de Sta. Teresa de Jesús, y en aquellas magníficas bibliotecas se destina

á sus escritos un lugar preferente, y se consagran monasterios á su nombre, y desde allí se proclama siempre su culto, con particular entusiasmo, en toda la Iglesia universal.

Y los españoles, que siempre la veneran, al sólo anuncio del tercer Centenario de su gloriosísima muerte, la dedican espléndidos actos de religiosidad y de entusiasmo. Y á pesar de los esfuerzos de la impiedad, que pretendé erigir el excepticismo en ciencia, el instinto en regla de conducta y la utilidad en Dios, los doctores de la célebre universidad de Salamanca emprendieron, no ha muchos meses, una devota peregrinación á Alba de Tormes, llevando en andas su bendita imagen, y todas las gentes en esta amada tierra española, á despecho de esa

filosofía, que llama al patriotismo « la pasión de los tontos » (1) desde el Jefe supremo del Estado hasta el más oscuro ciudadano, tienen por santo honrar su memoria y por patriótico ensalzar su nombre, y en todas las inteligencias oscila una idea, un sólo estímulo agita el sentimiento, y un deseo exclusivo mueve las voluntades: amar y pedir mercedes al Omnipotente por medio de la excelsa española Sta. Teresa de Jesús.

Rafael Gonzalez de Anleo.

(1) Schopenhauer.

CON MOTIVO DEL CENTENARIO

DE

STA. TERESA DE JESÚS.

Unir hoy mi voz quisiera
á los cantos melodiosos,
que tan bellos y armoniosos
cruzando van por la esfera.

Yo quisiera en este día
elear hermoso canto,
á ese Ser sublime y santo,
honor de la patria mia.

Mas lamento mi impotencia;
mi voz no pretendo alzar;
¿quién soy yo, para ensalzar
á la virtud y á la ciencia?

Es muy pobre mi laud
para siquiera nombrar,
la que supo armonizar
las letras y la virtud.

No puedo cantar su gloria,
ni intento aspirar á tanto;
mi voz humilde levanto
á bendecir su memoria.

Memoria imperecedera
que la virtud eterniza;
virtud que al alma electriza,
si el alma la considera.

Y no se olvida en el suelo
su nombre santo y bendito,
pues lo dejó Dios escrito
en la página del Cielo.

GERTRUDIS CHECA HERNANDEZ.

15 Octubre 1882.

SUPLICA

A

STA. TERESA DE JESÚS.

Santa del Señor, querida;
De los ángeles amada,
Del hombre reverenciada,
Y de gracia enriquecida:

Tú que allá en el almo cielo,
Gozas la inmensa ventura
De contemplar la hermosura
Del Dios de todo consuelo:

Tú que tanto le agradaste
Con tus místicos amores,
Que sus divinos favores
En esta vida gozaste;

Tú que por Jesús sentías
Amor tan vivo y ardiente,
Que el martirio heroicamente
Por su amor apetecías;

Tú que animas mi esperanza;
Oye mi ruego amoroso,
Y de tu divino Esposo
El bien que ambiciono alcanza;

*Haz que abrumada en amor
Y por la fe sostenida;
Cuando me falte la vida,
Vuele al seno del Señor.*

AMALIA CAMPAÑA.

15 Octubre 1882.

SANTIFICACIÓN, AMOR Y MUERTE
DE
SANTA TERESA DE JESÚS.

SONETO

DEDICADO Á LA VENERABLE COMUNIDAD
DE RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS
DE ANTEQUERA.

Brotó en su pecho la encendida llama
De ardiente querubín: en el altura
Reflejóse su ser; y su hermosura
Prenda de Dios el serafín aclama.

Amor divino que Jesús inflama,
En gozarlo Teresa no halla hartura;
Que de su Dios la célica dulzura
Su ser penetra, y por su Ser le ama.

¡ Oh cuan feliz en su mortal tormento !
Mística esposa, del esposo ansiada
Elévala por dulce arrobamiento:

Y goza la visión enamorada;
Y roto el material impedimento
Se une con Él en eterna morada.

JOSÉ CAMPOS.

Antequera 15 Octubre 1883.



Á

STA. TERESA DE JESUS.

DÉCIMAS.

Tomo la pluma con miedo
para hablar de tí, Teresa;
porque es colosal empresa,
para mí que nada puedo.
Así indeciso me quedo:
mas si á mi deseo escucho
y por conseguirlo lucho,
mil inconvenientes toco:
pues cuanto yo diga es pocó,
siendo tú, Teresa, mucho.

Con tal idea abrumado,
al hablar de tu grandeza,
mi débil pluma tropieza

y escribo desacertado,
De tu espíritu elevado,
cuando tu vida escribiste,
cuanto hay que decir dijiste:
y rodeada de gloria,
de esta vida transitoria,
á la eterna te subiste.

Á otros ingenios más claros,
de vena más inspirada,
la gloria está reservada
de cantar tus dotes raros.
Son demasiado preclaros
tus méritos, y me abruma
el que no pudiera en suma
pintarlos cual deseara,
y que su brillo empañara
la torpeza de mi pluma.

Sabía, elocuente, discreta,
tus obras dicen que fuiste;
y aplausos mil obtuviste,
en tu vida recoleta.
Y aunque la malicia inquieta
trabajó para perderte,

en tí como en roca fuerte,
su oleaje ponzoñoso,
estrellóse infructuoso,
sin que pudiera ofenderte.

Tu inteligencia preclara,
de la religión humbrera,
fué astro que difundiera
de la virtud la luz clara.
De amor de Dios siempre avara,
fué tu constante desvelo,
hallar místico consuelo
en la oración y el cilicio;
y con tan santo ejercicio
el camino abrir del cielo.

Revela cuanto escribiste
tu talento imponderable;
tu actividad incansable
cuando un fin te propusiste.
Lograste cuanto quisiste
en este mísero suelo;
dejándonos el consuelo,
que una verdad grande encierra:
que eres tan sabia en la tierra,

como eres santa en el cielo.

Con tesón inquebrantable
y de fe pura animada,
á la oración entregada,
fué tu vida inimitable.
En éxtasis inefable
tus sentidos se embriagaron:
ángeles te rodearon;
y en santa y divina unción,
arrobado el corazón,
tus dias se deslizaron.

De tu siglo maravilla,
te admiró el orbe cristiano;
y las obras de tu mano
confirmó la santa Silla.
Aún en este siglo brilla,
cuanto tu ingenio fecundo,
en herencia dejó al mundo;
quién lleno de compunción,
hoy ofrece esta ovación
á tu genio sin segundo.

DIEGO DEL POZO GUZMÁN.

13 de Octubre de 1883.

LA TRANSVERBERACIÓN
DEL CORAZÓN DE STA. TERESA.

ODA.

Vulnerasti cor meum soror mea sponsa ;
vulnerasti cor meum. (Cant. Cant.)

Tú, fuente de eternal sabiduría,
Hermosura de Dios, Verbo radiante,
Da tórrentes de luz al alma mia:
Espíritu de amor; mi pecho inflama
Para cantar prodigio culminante
De inmensa y rica y divinal ternura
Con que te diste á una feliz criatura:
Que á tu Suma Deidad la ardiente llama
De sacra inspiración osada pido,
Y al ángel ó al querub ahora no ruego
El númen encendido,

Por si sus glorias el recuerdo altera
De aquella, émula al fin, que en sacro fuego
De celestial amor les excediera.

Voy á cantar misterio de dulzura
Con que el Divino Rey de las edades,
Rendido á la humildad de un alma pura
Es pasmo á las celestes potestades;
Y amor tan infinito les revela,
Que con sus alas de zafir se vela
La seráfica hueste, y retrocede
Del trono excelsa en que Jesús reside,
Por que sufrir los rayos ya no puede
Que del abierto corazón despide.

Y es que un abismo fiel á otro reclama, (1)
Y un abismo de amor Teresa esconde
Que al pecho de Jesús constante llama
Con voz que le embelesa,
Y el corazón de Dios luego responde
Al corazón amante de Teresa.

¡Teresa! la sin par virgen dichosa
Del Salvador esposa,
Que encanto desde el suelo
Es de los celestiales moradores

(1) *Abissus abissum invocat.* (Ps. 41.)

Cuando en su corazón ven otro cielo
 Que Él orna de astros mil, con sus favores
 Vedla en su pobre celda solitaria,
 Tórtola celestial que amante gime
 Incesante plegaria,
 Pidiendo en su aspirar puro y sublime
 La posesión dichosa de su Amado,
 Cual de esplendor y de hermosura es rica:
 Que es Dios tan sumo bien, que aún deseado,
 Sol que antes de asomar ya centellea,
 Con su candor al alma purifica,
 Con su hermosura y luz ya la hermosea.

Mas no son los reflejos
 Que ostenta el alma en su anhelar constante
 Aún de su Amado Bien un tanto lejos,
 Es ya el foco divino y rutilante
 El que á dársele va, que ella más hiere
 De amor, al que de lanza antes lo ha sido;
 Y unírsele ahora Él quiere,
 También su corazón dejando herido.

Y entrega al serafín que más seguro
 El arma deliciosa asestar sabe,
 Con el fuego inflamada
 Que todo lo que toca hácelo puro

Y que en la misma inmensidad no cabe,
 Larga, preciosa y penetrante flecha
 Que brilla, con riqueza inusitada,
 De oro de dónes celestiales hecha.

Ya hacia la tierra mueve,
 Ostentando del iris los colores
 El serafín las impalpables alas:
 Vestidura sutil de vapor leve
 Hace flotar, cuyas vistosas galas,
 Realzados al tender raudo su vuelo
 Son por los resplandores
 Del sol de caridad que alumbra el cielo.

Y al fuego que le ha dado el que le envía
 Rompe veloz las nubes de topacio,
 Y un torrente de luz y de armonía
 Deja tras sí por el azul espacio.

Y entrando á donde está la virgen bella
 Clávale el dardo en cuya punta arde
 El fuego divinal que anhela ella:
 Y resuena un gemido
 Blando, fragante, puro y encendido,
 Cual la brisa de Mayo es en la tarde.

Y la feliz amante desfallece
 Que hiriendo el corazón la llama activa

Quema, y lo terrenal desaparece;
 Uno muriendo, allí, por que otro viva.

De gozo se estremecen las regiones
 Dó con su lumbre es Dios sol verdadero,
 Y la fuente abundosa

Que inundando de dicha sus mansiones
 Brota del trono suyo y del Cordero, (1)
 Crece, y crece, y rebosa,

Como si en rota catarata fuera

Sus aguas á lanzar á lo profundo:

Que un prodigio inefable, hace que quiera
 La celestial fruición henchar el mundo.

Que salva amor, á exceso de ternura,
 El infinito abismo

Que media entre el Criador y la criatura:

Y, como el dardo recibió su llama

De aquel incendio mismo

Que el corazón de Jesucristo inflama,

Cuando á la pura víctima atraviesa

Con soberano ser ella renace,

(1) Y me mostró un río de agua de vida resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. (Apocalipsis de S. J. c. 22.) Según los expositores, este río es la fruición celestial, ó sea la visión beatífica. (Nota de la autora).

Cielo gózate aún más! y uno se hace
Del corazón de Dios y el de Teresa.

Ya ella no vive en sí, vive en su Amado
Vida tan rica y de tan alto modo
Que en el cielo y la tierra es suyo todo:
Que el Rey universal que á ella se ha dado
Y por suya la sella,
Dándole al corazón tan dulce herida,
Quiere hacerle vivir su misma vida
Para su gloria revelar en ella.

Flores, hechizo de candor fragante,
Árboles que dareis frescor y sombra
Y delicioso fruto y abundante
De celestial y soberana ciencia,
Ya con gala brotais que al orbe asombra
En torno á esa mujer y á su influencia.

¡Grandeza sin igual! alto destino
De aquella á quién Jesús ha vulnerado,
¿Que importa que á Lutero y á Calvino
Á la tierra el abismo haya abortado,
Si esa mujer con prepotencia suma
Planta vergeles de virtud divina?
Si torrentes de luz brota su pluma,
Del fuego mismo de su herida hirviente?

Si el brazo del Señor omnipotente
 Desarma, instando en su gemido tierno,
 Y á su oración, sus obras y doctrina
 Almás sin fin devolverá el infierno?

¿Quién potencia tendrá cual la que esconde
 Ella en su corazón, si á su latido
 El del divino corazón responde
 Y su glorioso obrar no es ya del mundo?
 Sí; que ese noble y venturoso herido
 Que el fuego divinal hace fecundo,
 Da vida á mil y mil águilas reales,
 Que, desdeñando nidos terrenales
 Alzan su vuelo á la celeste altura
 De la patria feliz de nuestras almas,
 Y anidan cabe el sol que allí fulgura,
 Arrancando al subir triunfos y palmas.

Hijos de allende el alto Pirineo
 Y aún del extremo opuesto de los mares;
 Ya os miro abandonar los patrios lares
 Y gloriaros os veo,
 Más que el grande Alejandro en sus laureles,
 En los caminos que dejó trazados
 Tal corazón seguir, y amantes, fieles,
 Ser hijos de su espíritu engendrados.

¡Oh sacrosanto amor! si el hombre ciego
 Busca la alteza y de señor la palma
 ¿Porqué no en poseer tu gloria rica,
 Que con tan puro y delicioso fuego
 Del polvo terrenal levanta el alma,
 Y el poder de su Dios la comunica?

¿Porqué á la dicha arrebatando el nombre
 Dáselo á lances de engañosa suerte,
 Y huye el bien que convierte
 En ángel celestial el ser del hombre?

¡Oh hermoso corazón transverberado!
 Pues tu estancia en el suelo
 Con la creación brillante se ha marcado
 De paraísos, que envidió el del cielo:
 Si tantos abrazados serafines
 Haces en ellos, con prender tan sólo
 En las almas tu llama abrazadora;
 Extiéndela del orbe á los confines,
 Arda de polo á polo,
 Y consuma el incendio á tu cantora.

SOR M.^a DE LOS ÁNGELES SAENZ DE TEJADA.

ORIENTE Y OCASO.

I.

Ledas auras del Oriente llevan sobre sus alas impalpables al ancho mar, la rica fragancia desprendida de gayas flores que mecen en las cumbres del Carmelo, y en la falda de la montaña bañada por las ondas espumosas de los mares de Levante.

Pintadas aves gorgean en las copas de los terebintos, y sus trinos armoniosos únense al murmurio del plateado arroyo y al fragor del torrente, que por guijosos cáuces de márgenes floridas deslizan sus ondas sonoras para perderse en el piélago profundo.

Y auras y flores, aves y arroyos, torrentes y el mar, en cadencioso canto, elevan armónicos

himnos de amor al autor de la natura, al Omnipotente Dios.

Y á la vaga claridad de la alborada sucede la roja luz del sol: y cuando sus primeros rayos encienden y doran la cima del monte, escúchase la plegaria que cien varoniles voces elevan al Creador.

II.

Nubes de ópalo y oro en anchas fajas extendidas velan el lejano horizonte: el sol, próximo á su ocaso, aparece medio oculto por los arrebolados celajes, y envía uno de sus postreros rayos á través de espesa reja de humilde monasterio para formar espléndida aureola en torno del duro lecho donde espira una santa mujer.

Las brisas del otoño, en tanto, llevan en sus alas perfumadas las ondas sonoras del tañido melancólico que lanzan las campanas del monasterio en la hora de la agonía.

Las voces puras de las vírgenes del Carmelo

escúchanse lejanas, al elevar tiernísima plegaria delante del altar.

Y el sol desaparece, y las tintas arreboladas que encienden las nubes y las montañas: y avanza el crepúsculo y la noche en pos.

La luna asoma su faz plateada sobre la fronda sombría de los árboles de la selva: y en la celda humilde de la esposa del Señor se esparcen aromas de célico perfume, y en medio de celestes angélicas armonías exhala su amoroso, su último aliento la amada de Dios.

Legó á España su recuerdo y sus despojos que la gloria corona de laureles: y su espíritu sublime, envuelto en un rayo de la luna, voló radiante á la patria inmortal.

JAVIER DE ROJAS.

Á
STA. TERESA DE JESUS.

ODA

DEDICADA Á MI ABUELO EL POETA
D. JOSÉ MORENO BURGOS (Q. E. P. D.)

Hoy que en canto sonoro
Tu grandeza inmortal celebra el mundo;
Hoy que mi patria á tan sublime coro
Lleva sus notas con amor profundo,
Cantarte también quiero,
Y tu nombre ensalzar como el primero.
Mas ¡ay! mi pobre lira
Cuerdas no tiene: discordantes notas
Mi voz da apenas, cuando muda espira:
Quiere elevarse con sus alas rotas

Mi mente, ¡Oh! yo no puedo;
 Imposible es cantar; callado quedo.

Mas si me es imposible
 Cantar, tampoco en el cerrado muro
 El alma estarse puede: inextinguible
 Voz de fe, de esperanza, de amor puro,
 Con fuerza viva y santa
 Grita dentro de mí: trabaja, canta.

Y cantaré, sí, firme,
 Obediente á esa voz del alma mia
 Haré un supremo esfuerzo, y sin rendirme
 Demandaré bellezas y armonía.
 Al Señor su luz pura;
 Al universo galas y hermosura.

¡Oh Dios do la belleza
 Está en su trono y mana de su fuente!
 Enseñadmela en toda su grandeza;
 Dadla á mi canto; mírela mi mente,
 Y celebre, yo, en tanto,
 De Teresa inmortal el nombre santo.

Querubes que equipara
 Á Teresa el amor y el rostro bello:
 De esa gloria sin fin, que el sol más claro,
 Mostradme algún relámpago, un destello,

Vuestro amor en mí prenda,
Y el de la Santa, así, mejor comprenda.

Y tú universo entero:

Préstame tus bellezas infinitas:

Todo lo bueno, bello y verdadero

Venga á mi canto. Fuerza que palpitas
en todo lo existente,

Ven: y tu vida mi cantar aliente.

A Teresa adoremos,

Como á Santa con cultos religiosos.

Como española, con amor la honremos;

Escritora, aplaudámosla gozosos.

Sí; ensalce nuestro canto

La segunda mujer, del orbe encanto.

—
Miradla en vuestra mente:

Miradla qué radiante de hermosura,

Qué docta, qué sencilla, qué valiente

Y que humilde á la vez; gallarda y pura

Su gracia es hechicera:

Miradla alegre y á la vez severa.

Los ojos de diamante

Revelan el poder de su talento;

Esa expresión sublime del semblante

Indica su divino amor violento;
 Al cielo la mirada,
 La fe revela, de que está animada.

El hábito que abona
 De castidad, pobreza y obediencia;
 El cilicio, la palma, la corona,
 Esos libros tesoro de la ciencia.....
 En todo, ser indica
 Del Eterno, creación suprema y rica.

La ciencia que trazara
 Caminos á los soles y planetas
 Y acordes movimientos les tasara,
 Igual que á evangelistas y profetas,
 Dios á Teresa ha dado;
 Que su alta inspiración hale otorgado.

Los querubes le dieron
 Ese amor grande, que con Dios confunde:
 De quién los soles lumbre recibieron
 Que derrite los mundos y los funde.
 Amor que, en lazo sólo,
 Une al hombre de un polo al de otro polo.

En ella, la belleza
 Sus matices riquísimos apura.
 Sus más lujosas galas, con presteza,

Viste á Teresa, á la doctora pura.
 La adorna tanto, tanto,
 Que las dos rivalizan en encanto.

Esos rasgados ojos
 Claros y hermosos, como el sol brillante;
 Esa mirada que quitara enojos
 Al mismo enojo, cual caricia amante;
 Esa esbelta figura.....
 ¡Oh qué raro conjunto, qué hermosura!

La virgen poesía
 Le enseñara sus mágicos secretos:
 Todo su ornato, toda su armonía;
 Y obediente á su voz, á sus decretos,
 A sus impulsos santos,
 Prorrumpe en dulces, sin iguales cantos.

En himnos que descienden
 Del alto cielo, llenos de dulzura;
 Llamas de los amores que la encienden:
 Besos que da á su Dios amante y pura:
 Himnos para cantados
 En las cítaras de ángeles sagrados.

A Teresa ha debido
 La ciencia reina, luminar fecundo.
 Cien verdades por ella ha conocido:

Que al Señor la llevó su amor profundo,
Y encontró en su grandeza
Todo bien y verdad, toda belleza.

Las reglas carmelitas
Por la doctora fueron reformadas,
Que funda cien conventos, infinitas
Mansiones á amor santo consagradas;
Que, con su gloria unido,
Eternizan su nombre esclarecido.

Por esposa querida
La recibe el Señor, y en su amor presa,
Si de Jesús Teresa se apellida,
Quiere Jesús llamarse de Teresa.
Por su amor sobrehumano,
La aclama el orbe serafín humano.

La Iglesia la venera
Como Santa; la España cual patrona;
La ciencia cual doctora, cual lumbrera;
La poesía de laurel su sien corona;
Y el Orden carmelita
Después la aclama de María bendita.

Cuando en el cielo extenso
Miro brillar los astros que atesora;
Esas antorchas del altar inmenso

En que á su Dios el universo adora,
Sobre ellos me remonto,
Y á cielo muy mas alto llego pronto.

Miro allí eternos goces:

Dios inmenso me atrae, como Oceano
Llama á su inmensidad los rios veloces,
De gloria hallando en Él, profundo arcano.
Y se finge mi mente

Allí á Teresa, en sitio preferente.

De la Virgen al lado,
Ante la gloria de su Dios querido
En dulzura el espíritu arrobado;
De tanto amar el corazón partido;
Y embebecida el alma
En dulce gozo, en sempiterna calma.

—

Esta mujer ¿quién era?
¿Qué poder gigantesco poseía?
¿Cuánta riqueza á su poder uniera?
¿Cuánto estudiar debió! ¿Le ayudaría
La protección de reyes,
Sabios, magnates, numerosas greyes!

Era una monja oscura:
Su poder era sólo la obediencia:

Su riqueza no más que virtud pura;
 Y pensar en su Dios, toda su ciencia.
 Sabios y poderosos,
 Obstáculos le ponen recelosos.

Su gloria ¿porqué es tanta?
 ¿Porqué se alza su sombra gigantesca,
 En conventos sin fin puesta la planta,
 En una mano la encendida tea
 De la ciencia se mira,
 Y en la otra mano la acordada lira?

Por los ojos saliendo
 Llamadas del fuego más brillante.
 El alma es, que por ellos va vertiendo,
 Ya derretida por su amor gigante.
 Ceñida está su frente
 De corona inmortal resplandeciente.

Aureola divina
 Circunda su figura y reverbera;
 Cuya luz, ya tres siglos ilumina,
 Y alumbrará otros mil, si mil hubiera.
 ¡Oh! porqué á tanta altura
 Se ha logrado elevar la monja oscura?
 ¿Porqué? porque tenía
 La fe y la caridad; que ésta es palanca

Que apoyada en aquella, cualquier día,
Planetas mueve, y de su curso arranca.

Arquímides profundo:

Con ellas puedes, ya, mover el mundo.

¿Porqué? porque ha creído

En un Ser inmutable omnipotente.

Porque creyendo en Él, hubo aprendido

Que existe un fin á todos preferente,

Que en el hombre ha fijado

La sabia mano por quién fué creado.

Porque ella, también cree,

Que á ese alto fin el hombre necesita

Sus actos ajustar, sin que flaquee.

Porque ve su misión arriba escrita,

Y en santa confianza,

Ha puesto en Dios y en ella su esperanza.

¿Porqué? porque su mente

De su Dios y su fin vió la belleza;

En ella se extasió su amor ferviente;

Y [por ella la vida con presteza,

Con virtud sacrosanta,

Diera para cumplir su misión santa.

¿Porqué? *porque amó mucho*

Cual Magdalena la de eterno llanto.

¿Porqué? porque..... ¿Mas para que yo luche
la razón en hallar? Tuvo amor santo;
Tuvo fe sobrehumana;
Que son los polos de la acción humana.

Por eso ¿á dónde vais
Hombres sin fe, con vuestra marcha impía?
¿Que os impulsa, decid, si no le amais?
¿Si no creéis en Dios, qué es lo que os guía?
¿Sin amarle, qué hareis?
Que en vano sin su amor os movereis.

Sin su amor generoso
No hay esa voluntad, que el orbe abarca.
¡Desgraciados! Que en un mar proceloso
Estareis sin salir, cual rota barca
Sin timón y sin vela.
Frialdad horrible, vuestras almas hiela.

Oh no, no. Que es preciso
Crear y amar con ánimo incansable,
Porque creyó y amó, el cielo quiso
Dar á Teresa gloria perdurable,
De sin igual encanto,
Donde hoy le llevo mi modesto canto.

JOSÉ MORENO FERNÁNDEZ DE RODAS.

A

STA. TERESA DE JESÚS.

SONETO.

La lira melodiosa del poeta
Dirigiéndote cánticos de gloria,
Digna oración tributa á la memoria
De tu sublime vida recoleta:

La oración que el católico, perfeta,
Eleva al recordar tu santa historia,
Admirable en la vida transitoria,
Ejemplar en el claustro del asceta;

Cual seráfica y pura melodía
Resuenan con placer en este suelo,
En honor de tu sacra fantasía;

Y del espacio traspasando el velo,
Se elevan en dulcísima armonía
A la patria santísima del cielo.

FRANCISCO DEL POZO.

15 Octubre 1882.

A

STA. TERESA DE JESÚS.

QUINTILLAS.

Engastada en rizos de oro
La bella nevada frente,
Descubriendo más tesoro,
Que cuando sale al Oriente
Febo con mayor decoro:

En su rostro celestial
Mezclando el carmin de Tiro
Con alabastro y cristal;
En sus ojos el zafiro,
Y en sus labios el coral:

El cuerpo de nieve pura
Que escede toda blancura,

Vestido del sol los rayos,
Vertiendo abriles y mayos
De la blanca vestidura:

En la diestra refulgente,
Que mil aromas derrama,
Un dardo resplandeciente,
Que lo remata la llama
De un globo de fuego ardiente:

Batiendo en lijero vuelo
La pluma que al oro afrenta,
Bajó un Serafin del cielo,
Y á los ojos se presenta
Del Serafin del Carmelo.

Y puesto ante la doncella,
Mirando el extremo de ella,
Dudara cualquier sentido,
Si él la escede en lo encendido,
Ó ella le escede en ser bella.

Mas viendo tanta escelencia
Como en ella puso Dios,
Pudiera dar por sentencia
Que en el amor de los dos

Es poca la diferencia.

Y por dar mas perfeccion
Á tan angélico intento,
El que bajó de Sion
Con el ardiente instrumento
Le atravesó el corazon.

Dejóla el dolor profundo
De aquel fuego sin segundo,
Con que el corazon le inflama,
Y la fuerza de su llama,
Viva á Dios y muerta al mundo.

Que para mostrar mejor
Cuanto esta prenda le agrada,
El universal Señor
La quiere tener sellada
Con el sello de su amor.

Y que es á Francisco igual
De tan gran favor se arguya;
Pues el Pastor celestial,
Para que entiendan que es suya,
La marca con su señal.

Y así desde allí adelante

Al Serafin semejante
Quedó de Teresa el pecho,
Y unido en vínculo estrecho
Al de Dios con lazo amante.

CRISTOBALINA FERNANDEZ DE ALARCON.

POESÍA

DE

STA. TERESA DE JESUS.

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

GLOSA.

Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazón le dí
Puso en mí; este letrero,
Que muero porque no muero.

Aquesta divina union,
 Y el amor con que yo vivo,
 Hace á Dios ser mi captivo,
 Y libre mi corazon;
 Y causa en mí tal pasion
 Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

Ay ¡Que larga es esta vida!
 ¡Qué duros estos destierros,
 Esta cárcel y estos hierros
 En que está el alma metida!
 Sólo esperar la salida
 Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
 Vida no me seas molesta;
 Porque, muriendo, ¿qué resta,
 Sino vivir, y gozarme?
 No dejes de consolarme;
 Muerte que así te requiero,
Que muero porque no muero.

POESÍA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.

*Alma, buscarte has en mí,
Y á Mí buscarme has en tí.*

De tal suerte pudo amor,
Alma en mí te retratar
Que ningun sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imágen estampar.

Fuiste por amor criada
Hermosa bella, y así,
En mis entrañas pintada,
Si te perdieres, mi amada
Alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
 En mi pecho retratada,
 Y tan al vivo sacada,
 Que si te ves te holgarás
 Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
 Donde me hallarás á *Mi*,
 No andes de aquí para allí,
 Sino, si hallarme quisieres
A mí, buscarte has en tí.

Porque tú eres mi aposento,
 Eres mi casa y morada,
 Y así llamo en cualquier tiempo,
 Si hallo en tu pensamiento,
 Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme,
 Porque para hallarme á *Mi*
 Bastará sólo llamarme,
 Que á tí iré sin tardarme,
Y á mí buscarme has en tí.

A

SANTA TERESA.

En un tiempo no lejano,
y en presencia, como ahora,
de estas flores que atesora
el pensil Antequerano,
en pobre estilo, desnudo
de galas é inspiración,
al insigne Calderón
dirigí mi canto rudo.

Y si infiel no es mi memoria,
en él dejé consignado
un pensamiento, inspirado
por el Genio de la Historia.

Él me dijo, que fué el mundo
mientras estuvo sin guía,
de la falsa idolatria

viviendo en el caos profundo;
sociedad al bien agena
con un espíritu muerto;
inmenso, estéril desierto
que cubrió infecunda arena.

Mas después, cuando surgió
la nueva idea en Oriente,
cuando fecunda y potente
por el mundo se extendió;
cuando porque asombro sea
de las edades que fueron,
los ídolos se fundieron
al calor de aquella idea;
cuando el mundo vió la luz
que emblema vivo del bien,
tuvo principio en Belen,
y se eternizó en la cruz;
entonces, cual brotan bellas
en el azul firmamento,
de la noche al suave aliento,
incontables las estrellas,
tal brotaron, de la historia
el campo á tornar fecundo,
héroes tantos, que fué el mundo

estrecho para su gloria.
Con luz propia, estrellas fijas
son en el cristiano cielo;
y en esas horas de anhelo
para el alma tan prolijas,
en que ansiosa busca en vano,
en su sed de lo infinito,
algo que presiente, escrito
en el libro sobrehumano;
si en ellas fijos los ojos,
marchando va noche y día,
el pesar es alegría,
y son flores los abrojos.

Entre esas estrellas, sol,
que en sí tuvo desde luego,
su amor á Jesús por fuego,
su saber por arrebol,
fué Teresa: de su gloria
los purísimos reflejos,
brillan más cuanto más lejos
del cristianismo en la historia;
que siglo tras siglo, en vano
imperios borrando van;
astros que con Dios están,

brillan siempre al ojo humano.

Ante su intenso fulgor,
se adunan arte y poesía,
para alzar en este día
un monumento de amor,
á la que en su excelsitud
pulsando lira sonora,
cantó con voz vibradora
amor á Dios, y virtud.

Yo tambien cantar quisiera;
mas la grandeza me espanta,
de la que por sabia y santa
es sol eterno en la esfera;
y pues vates señalados,
cuantos hanme precedido,
regalaron vuestro oido
con sus versos inspirados,
quiero en una frase sola,
exprimir todo mi fe;
¡Gloria á Teresa, que fué
Sabia, Santa y Española!

ANTONIO CALVO.

15 Octubre 1882.

Á LA SERÁFICA DOCTORA
SANTA TERESA DE JESÚS,

EN SU TERCER CENTENARIO.

Repleatur os meum laude,
ut canten gloriam tuam:
tota die magnitudinem tuam.

PSALM. LXX, v. 8.

I.

¡ Hosanna ! dice el hombre, y en el cielo
El coro angelical, repite, ¡ Gloria !
En tanto, el mundo con ardiente anhelo,
Vuelve á pasados siglos la memoria,
Y allí, buscando con ferviente celo,
De una heroína la brillante historia,
Pura, encendida cual divina llama,
Ve una *mujer* que eternizó la fama....

II.

Y le ciega el fulgor resplandeciente

II O

De aquel divino amor que la encendía,
Y surge de su espíritu un torrente
De candor y de luz y de armonía.
Que esa mujer, cuya nevada frente
Vierte en puros raudales la poesía,
Para dar gloria á Dios y pasmo al hombre,
¡Teresa de Jesús, lleva por nombre!

III.

¡Teresa de Jesús! Nombre bendito
Que ideara el querube en sus cantares,
Mística rosa de ámbar exquisito
Ofrecida al Señor en sus altares;
Glorioso atleta, á cuyo santo grito
Prosélitos se alzaron á millares;
Genio inmortal de inspiración suprema,
Cada palabra suya... es un poema.

IV.

Un poema de amor, de ese amor santo
Que con la savia de la fe, germina,
Amor nacido cabe el dulce encanto
Que presta al alma la virtud divina:
De ese amor puro, ardiente y sacrosanto,

III

Escala celestial y peregrina,
Por donde ageno al mundanal encono,
Se eleva el justo hasta el excelso trono.

V.

Y ¡oh! que por esa escala misteriosa,
Radiante de una angélica hermosura
Subió Teresa á la mansión gloriosa.
¡Qué sus éxtasis son! Todo dulzura.
Pues hallando su vida venturosa,
Al borde de su misma sepultura,
Tanto esa vida inagotable quiere,
Que muere...., sólo porque no se muere.

VI.

¡Oh Teresa! ¡Oh mujer! Tú, como el lirio
Que abre del sol al fecundante rayo;
Naciste hermosa al fuego y al delirio
De un sacro amor, con celestial desmayo;
Tu corazón que coronó el martirio,
Da más esencias que el florido Mayo,
Y aún hoy palpita á la virtud despierto,
Que al ser de Dios, ni aún tu materia ha muerto.

VII.

No canto, no, los éxtasis divinos
De esa *mujer*, en santidad coloso,
Ni los dulces encantos peregrinos
En que vivió con el eterno Esposo.
No alcanzan ¡ay! mis desacordes trinos,
Á enaltecer su espíritu glorioso,
Que tanto en genio y en virtud descuella;
Que yo enmudezco cuando canto á ella.

VIII.

Mas vibre, sí, la cítara sonora,
Y arranque el vate á su templada lira
Himnos de amor á la inmortal Doctora.
Ya el tercio-siglo de su muerte espira...
Muerte feliz que España conmemora,
Cantando al héroe que en Teresa admira,
Pues flor nacida en el hispano suelo,
Genio... es del mundo, y Serafín... del Cielo.

FRANCISCO GUERRERO DELGADO.

Á

SANTA TERESA DE JESUS.

Para cantar las altas concepciones
Que acuden á mi mente en raudo vuelo,
Al arpa de Sion pido expresiones,
Á la musa de Horeb inspiraciones
Que el himno eleven de la fe hasta el cielo.

Quiero cantar; pero la ardiente llama
Que á Teresa circunda en solio santo
Radiando el Cielo de su augusta fama,
Al par que en fuego el corazón inflama,
La vista ofusca y enmudece el canto.

Y á mi alma arredra el atrevido intento
De ensalzar ese amor grande y bendito
Que sobrepuja á todo entendimiento,
Pues si el místico arrobó es sentimiento,
Llegarlo á comprender es lo infinito.

Es el sublime acceso de dulzura
Que sumerge al espíritu en encantos,
Ignotos al mortal en su amargura;
Es de la Omnipotencia la ternura;
El divinal delirio de los santos.

El célico cantar de serafines
Cuyas notas purísimas y bellas,
En alas de perfumes de jazmines,
Las recogen risueños querubines
Á cuyo ritmo brotan las estrellas.

Así en gloriosos éxtasis de amores
La angelical Doctora el vuelo tiende,
Y admira los divinos resplandores
Que en brillantes efluvios de esplendores
El alma anegan que en Jesús se enciende.

Y al contemplar su frente do fulgura
Y marca la virtud su sacra huella,
La mente á concebirla se apresura,
Cual imagen de mística figura
Yo no sé si más santa ó si más bella.

Pues tal es la expresión enamorada
De aquella faz que encienden los sonrojos,

Que al verse de Jesús la esposa amada,
Se transfigura en Cielo su mirada
Y altares al Señor brinda en sus ojos.

¡Y qué himnos, y qué acentos, qué poesía
Serán bastante á enaltecer su gloria,
Honor y orgullo de la patria mia?
¿De qué labios saldrá su apología?
¿Qué inciensos quemarán á su memoria?

Mi espíritu se encuentra confundido,
Y ante belleza tal, su vuelo amengua;
Si cantar á Teresa no he sabido,
Decidme, por favor, si es que ha nacido
Quién sepa hablar á un ángel en su lengua.

RAMÓN FERNÁNDEZ MIR.

Antequera 15 Octubre 1883.

A

STA. TERESA DE JESÚS.

SONETO.

De Teresa el espíritu ferviente
en alas de su fé remonta el vuelo,
buscando en la región del almo cielo
de la ciencia y amor la pura fuente.

Al beber en la límpida corriente
se agita en dulce y amoroso anhelo,
de la humana razón se rasga el velo
y la luz celestial baña su mente.

Por eso al escribir su santa vida
pone en relieve la sublime ciencia
por el Divino Espíritu regida.

Y dejó norma al mundo en su elocuencia,
y en amor de Jesús su alma encendida,
dejó este amor á España por herencia.

FULGENCIO RAMIREZ MORENO.

ANTEQUERA EN EL TERCER CENTENARIO

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.

Desde que se inició la idea de conmemorar el tercer Centenario de la dichosa muerte de la mística doctora de Ávila, los antequeranos se apresuraron á dar, una vez más, públicos testimonios de su fe católica, y también con este motivo de su amor á las letras y á las artes, y de que ellos se asocian siempre con gran entusiasmo á toda manifestación verdaderamente patriótica.

Para este objeto, y bajo la presidencia del respetable Sr. Vicario Arcipreste D. José de la Peña, benemérito sacerdote, que por repetidos actos de heroica caridad fué justísimamente condecorado con la cruz de Beneficencia de segunda clase, se constituyó una Junta compuesta de los señores Curas y otras personas devotas de la esclarecida Santa, resueltos todos á reunir fondos, remover obstáculos y á poner en juego cuantos elementos de piedad y grandeza atesora esta importante, histórica y hermosa ciudad, á fin de celebrar lo más dignamente posible tan memorable acontecimiento, dando motivo á que fuera una

imponente y ejemplar manifestación religiosa de *la gran familia católica*, según inspirada frase del inmortal León XIII.

El Excmo. Ayuntamiento y su digno presidente el Sr. D. Agustín Muñoz, venerable Clero, Colegio de abogados, corporaciones religiosas y civiles y vecindario todo, prestaron su eficaz apoyo para realizar los levantados propósitos de la Junta, que acordó y llevó á feliz término, despertando un júbilo inexplicable, las siguientes extraordinarias fiestas religiosas.

En la tarde del 14 salió en procesión de la iglesia-convento de Carmelitas Descalzas, patronato del Excmo. Sr. Marqués de la Peña de los Enamorados, la bellísima imagen de Sta. Teresa, en riquísimo y artístico trono de plata, haciendo realzar su magnificencia el elegante adorno, compuesto de caprichosos jarrones con valiosas flores y primorosas guirnaldas, debido al desprendimiento y delicado gusto de la Sra. viuda de Palma, D.^a Carmen Gonzalez del Pino, que con tanta piedad como acierto contribuye siempre á engrandecer toda manifestación del culto.

Las calles de la carrera estaban engalanadas, y desde los balcones se arrojaron cuatro mil ejemplares de las más importantes poesías y admirables máximas de la Santa y de las quintillas que nuestra célebre compatriota del siglo xvii, D.^a Cristobalina Fernández de Alarcón la dedicó con motivo de cierta justa literaria, á fin de conseguir que escritos tan preciosos llegasen á toda clase de personas.

Una vez la imagen en la iglesia mayor ex-colegial de S. Sebastián, se cantaron vísperas so-

lemnísimas, y á su terminación, en la plaza del mismo templo, se quemaron fuegos artificiales, amenizando la velada los acordes de una banda de música. La población apareció espontáneamente iluminada y así mismo las torres de las principales iglesias.

El día de la Santa por la mañana tuvo lugar la misa y Comunión general, á la que concurrieron multitud de personas, y á las once se verificó la misa solemne que ofició el ilustre Sr. Arcediano D. Antonio Burgos, hijo de esta ciudad, asistido de los Sres. Párrocos, guardándose en este acto religioso el ceremonial de nuestras primeras catedrales, lo que hizo recordar á muchas personas los mejores días de esta insigne y Real Colegiata, que conserva todos los objetos precisos para las grandes solemnidades del culto y el magnífico servicio de altar, de plata y oro, compuesto de verdaderas joyas por su forma y riqueza.

El sermón estuvo á cargo del Sr. D. Fernando García Lumpié, sacerdote tan modesto como sabio, que si no gozara de una merecida reputación de orador, la hubiera conquistado, ciertamente, en el memorable día del tercer Centenario de Sta. Teresa. Después de un brillantísimo exordio, expuso elevadísimas consideraciones acerca de la importancia de la virgen de Avila, como Doctora, Reformadora y Santa, demostrando una vez más, sus profundos conocimientos filosóficos é históricos, y los especialísimos que posee en la difícil y poco cultivada ciencia de la teología mística. (1)

La ex-colegial, vestida toda con los ricos da-

(1) De este notabilísimo discurso, que sentimos no tener el gusto de insertar, se hará aparte una numerosa tirada.

mascos, que ostentan tejidos los escudos de Antequera, de S. Sebastián y de la Hermandad del Santísimo, á quien pertenecen, ofrecía un suntuoso y severo aspecto. A la derecha del tabernáculo, en el trono de plata, la imagen de la Santa, sobre aquel un magnífico pabellón con los colores nacionales, y en los lados, sobre las columnas del arco toral, se destacaban las armas de Avila y de Alba de Tormes.

Por la tarde se verificó la procesión de regreso, en la cual lucían las cruces parroquiales, los guiones y estandartes de plata de las diversas cofradías, que excedían de veinte, todo lo cual había contribuido á realzar la anterior y la solemne función de la mañana. Como en el día precedente, la imagen de la Santa fué llevada en hombros por diez y seis abogados, é iba inmediatamente precedida por el decano de este ilustre colegio, el muy estimado Sr. D. José Campos.

El Clero, Ayuntamiento, Autoridades y Corporaciones asistieron á este y á todos los demás actos religiosos del Centenario, y un numerosísimo pueblo, identificado con el espíritu de aquella procesión se aglomeraba á su paso hasta llegar á la iglesia de las Descalzas, en la que el guardián de Capuchinos, Padre Bernabé, dirigió á la numerosísima concurrencia, que no cabía en el templo, una sentida y oportuna plática.

Con motivo de estas fiestas, la conferencia de S. Vicente de Paul, de esta ciudad, dió á sus pobres una limosna extraordinaria.

Es difícil expresar el entusiasmo religioso que han suscitado estos cultos entre las gentes de todas las gerarquías sociales; desde los más pia-

dosos á los más indiferentes dieron testimonios de que no en vano se habla á los españoles de religión y de patria, y hasta los más pobrecitos ignorantes, ante los repetidos actos de religiosidad y de júbilo, que en todos y por todas partes admiraban, alcanzaron á comprender, en medio de tanta grandeza, que si Sta. Teresa de Jesús es una de las más ilustres mujeres de nuestra historia, el Catolicismo que forma tales héroes de virtud y de saber, elevando á tan encumbradas alturas el genio, es la mejor de todas las doctrinas y la única Religión verdadera.

*Velada lírico-literaria en honor de
Santa Teresa de Jesús.*

Antequera, la alegre ciudad que se alza ufana entre las agrestes montañas del Torcal y los pintorescos vergeles de sú fértil vega; la que tuvo la dicha de realzar con su nombre al bizarro infante D. Fernando; la que en todo tiempo dió á la patria distinguidas damas é ilustres varones; la que fué cuna, entre otros muchos inspirados vates, del sublime lírico Pedro de Espinosa, del admirable bucólico Luis Galvez de Montalvo, del ardiente épico Rodrigo de Carvajal, émulo de Ercilla, del autor de los inimitables madrigales Luis Martín de la Plaza, y de la laureada cantora de Sta. Teresa, Cristobalina Fernández de Alarcón, á quien llamó Lope de Vega *la sibila antequerana*; este pueblo tan noble por su fe católica como por sus timbres imperecederos, des-

pués de prosternarse ante los altares del Omnipotente y de haber celebrado suntuosísimas fiestas religiosas, con motivo del tercer Centenario de la muerte de la doctora de Avila, quiso mostrar, que si se perpetúa el sentimiento religioso de aquellos egregios poetas, sus ideas viven y su genio brilla también en sus gloriosos sucesores, pudiendo dar magníficas pruebas de la elevación de sus espíritus en los grandes días de la patria.

Y ante el entusiasmo general, el Círculo recreativo antequerano, del que es presidente honorario el Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, Sociedad que es algo más de lo que su nombre indica, pues ella fué introductora en nuestra ciudad de los Juegos Florales, y entre otras memorables fiestas literarias dedicó una solemne á Calderón, al primero de nuestros poetas.

Con tan gloriosos precedentes, esta Sociedad no podía permanecer pasiva ante el movimiento nacional, y fiel á sus tradiciones, é interpretando acertadamente los deseos de todos, acordó y llevó á feliz término, en la noche del 15 una velada lírico-literaria, más interesante y grandiosa que las celebradas hasta el día.

Desde las primeras horas de la noche se vieron ocupados sus elegantes salones por bellísimas damas, y las más distinguidas personas de esta ciudad; allí estaban nuestras primeras autoridades. La alegría y la veneración se expresaban en todos los semblantes al contemplar el bello retrato de Sta. Teresa, colocado bajo rico dosel, que afectaba la forma de manto real, sostenido por ángeles, matizado por adornos de

plata y oro y circuido por palmas de laurel, cogidas con preciosas cintas de los colores nacionales.

Aquel notable retrato, como el de Calderón, que se pintó para las fiestas de su segundo Centenario, son acabadas obras del distinguido artista Sr. D. Domingo García, y constituyen con otras varias la preciosa galería de pinturas y grabados que está formando el Círculo.

A las ocho comenzó el acto con el discurso inaugural á cargo del Sr. Anleo, y á continuación la Excm. Sra. Marquesa de Fuente de Piedra, que tan alto mérito alcanza en el difícil arte de Euterpe, y el distinguido profesor Sr. Calvo tocaron la magnífica sinfonía de *Semíramis*. Después, alternando con otras piezas de música, que cantaron la señora de Anleo, y Srtas. de Paché y Moscoso, D.^a Concepción, y tocaron las señoritas de Moscoso, doña Pilar, Campaña, Hazañas, Moreno y su hermano D. Luis, se leyeron composiciones poéticas de Sta. Teresa, de doña Cristobalina Fernández Alarcón, de las señoritas Checa y Campaña, y de la que en el mundo se llamó Victorina Saenz de Tejada, y hoy se conoce en un monasterio de Sevilla por Sor María de los Angeles, y de los Sres. Ramirez, Pozo, padre é hijo, Rojas, Moreno, Calvo, Guerrero, Fernández, Campos, Dominguez y un precioso artículo en prosa del Sr. Rojas (D. Javier).

El Sr. Quirós escribió las letras para dos himnos, una latina y otra italiana, que cantaron las Srtas. de García.

A las doce terminó la sesión con un discurso oportunísimo del presidente de esta Sociedad,

Excmo. Sr. D. Francisco Guerrero Muñoz, en el que se congratuló de la religiosa y patriótica actitud del pueblo de Antequera en las fiestas del Centenario, y después de dar las gracias en nombre de la Sociedad, que tan dignamente preside, á cuantos cooperaron á la celebración de la velada, exortó á todos á continuar en la senda emprendida, tan conforme con las más gloriosas tradiciones.

A seguida se sirvió un delicado y espléndido *buffet*.

El entusiasmo de la numerosísima concurrencia á la velada es indescriptible, y se traducía en los repetidos bravos y aplausos, justamente tributados á cuantos en ella tomaron parte activa, que no estuvieron como en sus días más felices, puesto que se engrandecieron: el fuego santo de la fe católica y el amor á la patria conmovían sus espíritus é inspiraban sus inteligencias.

¡Loor al Clero, Ayuntamiento, autoridades, corporaciones y pueblo todo de Antequera, que se han cubierto de gloria al celebrar, con tanta religiosidad y magnificencia, en el tercer Centenario de su gloriosísima muerte á la excelsa española Santa Teresa de Jesús. (1)

(1) Estos artículos fueron publicados por «La Unión», «La Época» y otros periódicos. *carlos*

